

Sobre la democracia

Adolfo Sánchez Vázquez

El libro póstumo de Carlos Pereyra sobre la democracia que hoy presentamos en nuestra Facultad ante profesores que fueron compañeros suyos y alumnos que, en bastantes casos, fueron sus discípulos, nos ofrece —o al menos me ofrece a mí— una doble y contradictoria impresión: la de sorprendernos y no sorprendernos a la vez. No nos sorprende a los que ya conocíamos su amplia obra, una obra que comprende, no sólo sus textos más abstractos sobre filosofía, historia o teoría política, sino también sus ensayos y artículos periodísticos en los que aborda los problemas más inquietantes y actuales. No nos sorprende, por supuesto, a quienes ya advertíamos, como características de sus escritos más diversos, su claridad y precisión, su rigor y espíritu crítico, su antidogmatismo y compromiso —para servir así a un compromiso político y social— con la verdad. Ciertamente, la presente ordenación de los escritos en torno a la democracia permite que unos textos se beneficien de otros y que las características antes apuntadas, que aparecían aisladamente en ellos, resalten ahora más vigorosamente. Sin embargo, no hay sorpresas al releerlos. En ellos encontramos, crecido y reforzado, lo que ya estaba en ellos.

Ahora bien, lo que nos sorprende en esta relectura a la distancia de algunos años, y tomando en cuenta el ritmo acelerado y frenético con que se producen ciertos acontecimientos y saltan al primer plano ideas, preguntas, inquietudes que hace pocos años no aparecían con la misma fuerza; lo que nos sorprende es la actualidad y vitalidad de los textos que se recogen en este volumen *Sobre la democracia*.

Las cuestiones que se plantean en él, el modo de abordarlas —el rigor de su análisis y la voluntad desmistificadora—, así como las respuestas que nos ofrece —aunque algunas sean discutibles—, resultan en estos momentos intensamente vivas y, por tanto, actuales.

Del rico contenido temático del libro, y justamente para poner a prueba esa vitalidad y actualidad, fijaremos la atención en los textos de la primera sección. Son aquellos en los que se plantean las relaciones entre democracia y socialismo, y, con base en ellas, el destino propio —e incierto hoy— del socialismo.

Una serie de acontecimientos recientes está en la mente de todos: el derrumbe del *socialismo real* en los países del Este de Europa, el desmantelamiento del sistema burocrático y despótico que se había consolidado en la Unión Soviética desde los años treinta y el porvenir difícil del socialismo, cuyo perfil aún no se dibuja, después de haber desbloqueado la *perestroika* el camino hacia él que se había cerrado y, como consecuencia de todo ello, hay que registrar el empeño de ciertos círculos en asociar toda alternativa socialista al capitalismo en el *socialismo real*. De este modo, desacreditado, negado, el socialismo, se contribuye a aceptar *la fin de la historia*, pues ésta ha dejado su último capítulo: el triunfo del capitalismo. Con todos sus bienes, la propiedad privada, el mercado, el capitalismo queda así exonerado de sus males y pecados, y esto puede hacerse justamente porque —supuestamente— en él nace, se desarrolla y afirma, ciertamente, lo que el *socialismo real* había negado: la democracia.

Todo un tejido de misticismos, falsas generalizaciones, argumentos infundados, se ponen ahora en movimiento para hacer comulgar con estas *ruedas de molino*. A destejer este conjunto de mitos, falsedades y sofismas, viene como anillo al dedo el análisis serio, el rigor, la argumentación racional a que ya nos tenía acostumbrado Pereyra. Porque aquí se revela su fecundo modo de pensar, de abordar los problemas, así como las respuestas que ya Pereyra había dado a cuestiones que, con el tiempo, han adquirido la intensidad que tienen en nuestros días. Volver en este caso a sus textos es de gran utilidad para quienes pretenden buscar concisión, claridad, argumentación racional en cuestiones que se

confunden o enmarañan en nuestros días.

Veamos, pues, así, lo que Pereyra piensa respecto a algunas de estas cuestiones. Empecemos por la de la naturaleza del *socialismo real*.

Con su espíritu crítico insobornable, reconoce el retraso con que la izquierda ha abordado críticamente esta cuestión. “La izquierda de los países capitalistas —dice— ha tenido que recorrer un largo camino para estar en posibilidad de apreciar en forma crítica lo que sucede en el *socialismo real*” (p. 53). Esto se explica por una mentalidad dogmática que Pereyra ha combatido con tesón. Pero la naturaleza del *socialismo real* la encuentra, sobre todo, en haber convertido en términos excluyentes, o en una contradicción, lo que constituye una unidad indisoluble: socialismo y democracia. “El *socialismo real*, con su pretensión de ser la *realidad del socialismo*, aparece como la confirmación cotidiana de esta contradicción” (p. 51). Pereyra no acepta que esta sociedad pueda considerarse socialista por haberse abrogado la propiedad privada sobre los medios de producción “No hay socialismo por la mera circunstancia de la desaparición de esta forma de propiedad, si ella no va acompañada de la socialización del poder” (p. 52).

En Pereyra encontramos una clara respuesta a este intento actual de hacer pasar por socialismo el *socialismo real* para así destruir la imagen de todo socialismo. Niega, por ello, que estatización de los medios de producción y socialismo sean una y la misma cosa. Y señala una serie de rasgos que no se da o se niega en el *socialismo real*, y que es inseparable del socialismo: libertades políticas, pluralismo ideológico, cultural y político, “la participación de los miembros de la sociedad en el control de las cosas públicas, la descentralización del poder, el despliegue autónomo de la sociedad civil... en fin, la democracia” (p. 35).

La conclusión a que llega, una y otra vez, es que la democracia es una cuestión central en todo proyecto de transformación social en una dirección socialista.

Pero aquí se hace necesario precisar este concepto de democracia y darle su verdadero valor y justa dimensión. En primer lugar, porque el *socialismo real* ha negado en nombre del socialismo la democracia; en segundo lugar, por-

que —como reconoce Pereyra— forma parte de la tradición de la izquierda comunista la subestimación del valor de la democracia, y, en tercer lugar, porque el capitalismo se presenta interesadamente —y esta presentación cobra mayor fuerza en nuestros días— como el hogar propio o natural de la democracia.

Sobre este punto encontraremos páginas esclarecedoras que echan por tierra los argumentos que hemos visto esgrimir en estos días en favor de “la tesis de que entre capitalismo y democracia existe una conexión necesaria” (p. 33). Pereyra se opone a la afirmación de que “la tendencia a la democratización sea inherente al proceso de desarrollo capitalista” (p. 34). Y recuerda a los desmemoriados, con referencia especial a lo que sucede en los países del Tercer Mundo, que, incluso cuando se da cierto juego democrático, “no se anula la contradicción básica entre el principio de la soberanía popular y la lógica de la acumulación capitalista” (*ibid.*). El empeño en asentar en la naturaleza misma del capitalismo —por ejemplo, en su mercado— la democracia misma queda refutado con base en la propia historia real. O, como dice Pereyra: “La creencia de que el modo capitalista de producción demanda de suyo la democratización de la sociedad carece de sustento histórico” (p. 40).

Efectivamente, no niega que cierta democracia se da bajo el capitalismo, pero, lejos de darse en una conexión necesaria con él, “ha sido obtenida y preservada” contra la burguesía. Esto explica que, frente a cierto uso que de él ha hecho la izquierda, Pereyra rechace por equívoco el concepto de “democracia burguesa”, ya que da a entender que la democracia bajo el capitalismo responde de modo directo e inmediato a los intereses de la burguesía, ignorando o subestimando el papel que en su conquista y mantenimiento corresponde históricamente a las clases populares. Lo que explica, asimismo, la tardía incorporación de la izquierda a las luchas por la democracia y la necesidad de salir al paso de ciertas dicotomías confusas como las de democracia política y democracia social, democracia formal y sustancial, democracia representativa y directa. En todos estos casos, y con dedicataria especial a cierta izquierda dogmática, Pereyra pone los puntos sobre las íes. Se pronuncia contra las opciones por una u otra alter-

nativa, con carácter excluyente, pues si bien considera que toda democracia es a la vez política, formal y representativa, piensa también que las formas propias de esta democracia “no son suficientes para obtener la participación de la sociedad en la cosa pública” (p. 60).

Nada de lo que dice Pereyra acerca de los límites — e incluso la hostilidad— del capitalismo a la democracia absuelve al *socialismo real* como sistema antidemocrático. Pero, a su vez, con base en sus planteamientos, de la negación de la democracia en el *socialismo real* no se puede sacar la conclusión —que hoy se proclama sin pudor alguno a los cuatro vientos— de que el capitalismo —justamente por la propiedad privada (ciertamente se habla de la propiedad privada del tendero de la esquina, y no de la de la General Motors o la del monopolio televisivo autóctono), o por la panacea que es el mercado— es el lugar propio de la democracia, y, por tanto, un sistema que no admite alternativas. Así, se decreta que la historia ha terminado, y también la alternativa del socialismo, ya que se proclama dogmáticamente que no hay más socialismo que el hasta hace poco *realmente existente*.

Bastan las consideraciones anteriores sobre la naturaleza del socialismo real, las características de un socialismo inseparable de la democracia, así como de las relaciones históricas —no imaginarias— entre capitalismo y democracia, cuestiones hoy tan debatidas, para que reconozcamos la actualidad y vitalidad de los planteamientos rigurosos, claros y fundados de Carlos Pereyra en el libro que hoy presentamos.

Aunque Pereyra no puede estar físicamente en los debates de estos días, sus ideas sí lo están.

Su crítica sin concesiones al socialismo real, y la afirmación de la democracia negada por éste, lejos de conducir a sus lectores a replegarse en una apología indirecta del capitalismo, los afirman en la convicción de la necesidad —por lejana que pueda estar su satisfacción— de una alternativa socialista a los males, contradicciones e injusticias del capitalismo, entre los cuales se hallan históricamente los que ha cometido —y comete cada día en los países del Tercer Mundo— contra la democracia. ●

